

RESEÑA (1)

Entretención a medias

□ Con obra norteamericana volvió el teatro al Municipal de las Condes

Los personajes de *Hasta el año que viene* son tres: Doris, George y el tiempo que pasa. No sólo en el sentido cronológico (1951-75), sino por el efecto que produce en ellos una serie de alternativas de la vida norteamericana.

Doris y George se conocen un buen día de febrero en una posada del norte de California. Amantes desde aquel día, retornan cada cual a su casa y familia en otras partes de EEUU; pero —año tras año— se reencuentran el mismo día, en aquella posada.

La obra de Bernard Slade (Teatro Municipal de Las Condes) esboza de esa manera diversos aspectos de la evolución de la mujer norteamericana, de los efectos de la guerra de Vietnam, del escalamiento de posiciones económicas superiores de la clase media. Además, cada reencuentro de esta pareja tiene sus sorpresas.

Es una comedia amable, potencialmente divertida, bastante superficial; al mismo tiempo toca aspectos propios de la relación hombre-mujer, dondequiera se encuentren, con otros propios de EEUU. No es una obra importante, sino una comedia de situaciones, escrita con cierto oficio y que puede alcanzar éxito comercial.

La versión de *Las Condes* está, en primer término, limitada por una traducción endeble, que no halla equivalentes castellanos para una serie de modismos norteamericanos que se vierten al español en forma literal, lo que los hace perder su gracia (y a veces, sentido).

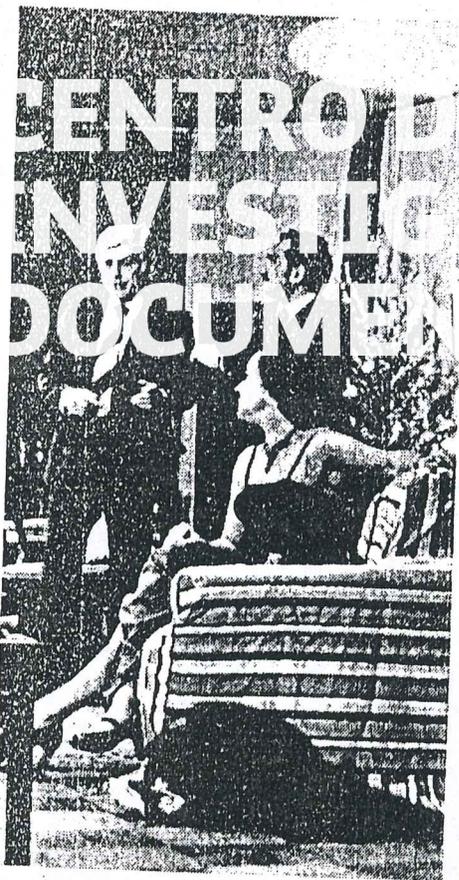
En segundo lugar, este tipo de comedia requiere una gran naturalidad y que los intérpretes traigan consigo a escena un personaje, lo cual es distinto a entrar primero e intentar desarrollarlo a medida que corran los parlamentos y situaciones. Además se requiere que la dirección logre un ritmo preciso, siendo fundamental el *timing* de las frases, para sacarles el debido partido.

En el espectáculo de *Las Condes* hubo un decorado (Ricardo Moreno) y vestuario (Isaura Díaz) idóneos; pero ni los actores (Liliana Ross, Domingo Tessier), ni la dirección (Juan Quezada) estuvieron a la altura de lo que la obra requería. Sobre todo a Tessier le faltó soltura. Sostener un es-



Héctor Torres

TESSIER Y LILIANA ROSS
Amoríos un día al año



José Cifuentes

KLICHE, ARAYA, ELIANA SIMPSON
Compañía que pudo comenzar mejor

pectáculo de dos horas fue un desafío que le quedó grande al reparto. Y más grave al tratarse de una comedia de esta índole, sólo logró entretener en forma muy intermitente.

RESEÑA (2)

Un mal paso

□ La compañía Kliche-Araya debuta en forma poco auspiciosa

Durante los años 60 era difícil escaparse de Alfonso Paso. El autor español (fallecido la semana pasada) era tan prolífico que había obras para todos y no quedó otra alternativa que padecerlas una y otra vez. Eran comedias con abundancia de enredos, fabricadas en serie para un público que acudía al teatro a divertirse y no quería correr el menor riesgo de que algo lo hiciera pensar. Sólo el tiempo dirá si en todo ese farrago había obras rescatables.

La gran facilidad de Paso para escribir teatro era indiscutible, pero era dable sospechar que, en vez de pulir y trabajar una obra, simplemente prefería escribir otra, y otra, y otra. Es un teatro que muchas veces cumple su misión de entretener, pero no crea personajes recordables, ni deja otras huellas en el tiempo. La risa del momento es su premio y su objetivo.

La compañía Kliche-Araya (Teatro Nuevo Auditorium) eligió *Amoríos a contar mentiras* para iniciar sus actividades, designadas —informa el programa— "al sano entretenimiento, como lo es el teatro, dentro del género de la comedia cómica". No es una de las piezas más sólidas de Paso, tiene una estructura excesivamente reiterativa, sólo atenuable mediante una hábil dirección, la que no existió en esta oportunidad.

En el reparto, Gabriel Araya tiene momentos graciosos; pero, al parecer, no se percata de la diferencia entre una comedia (aunque sea de Paso) y un sketch de revistas. Eliana Simpson es una actriz de presencia agradable, pero menor, que carece de la autoridad necesaria para ser cabeza femenina de una compañía. Walter Kliche estuvo sobriamente deslucido: también dirigió.

Nadie se dio realmente el esfuerzo de elaborar un personaje, y el nivel general de la representación fue bajo. Hacer un teatro de entretención sin otras pretensiones es perfectamente lícito, pero no se cumplió siquiera este objetivo. Además, la meta de divertir no tiene por qué ser excluyente del buen teatro.

Hans Ehrmann ■

Nº 2242
1978